

Sección de Literatura.

LA DECIMA MUSA.



fines del siglo xvii y principios del xviii vivía en la ciudad de Méjico una muger singular. Era esta muger religiosa profesora del monasterio de San Gerónimo: llamábase Juana Inés de la Cruz, y era conocida por la *Décima Musa* á causa de su distinguido talento poético. Por desgracia suya, y acaso de las letras españolas, floreció en la época fatal en que el *culteranismo* habia invadido ya todos los ramos de nuestra literatura. Difícil hubiera sido á la célebre poetisa americana librarse de aquel contagio, cuando los mejores ingenios de la Península habian infestado sus obras con tan mortífero germen: cedió, pues, al torrente que todo lo arrastraba, y se vieron plagadas sus mejores composiciones del mal gusto de la época. Embebida en la lectura de los santos padres, y cediendo á la austeridad de su regla, la mayor parte de sus obras pertenecen al género sagrado, y á nuestro juicio poco bueno se encuentra en esta parte de sus composiciones. Otra gran porción de sus trabajos literarios versan sobre objetos triviales: dirigidos muchos de ellos al conde de Paredes, virey entonces de Méjico, y á su esposa, muestran claramente la gratitud y cariño de que la autora se hallaba poseída, y dejan ver no pocos rasgos de ingenio, en medio de otros vulgares y de mal gusto.

No obstante lo dicho, hallanse entre los *poemas* de sor Juana algunas composiciones que pueden calificarse de buenas por la filosofía de los pensamientos, y la facilidad y dulzura de la versificación; á pesar de los resabios

de mal gusto, de que, como antes digimos, no supo libertarse ninguno de los escritores de su tiempo.

Aunque habia bebido en buenas fuentes, por hallarse versada en la lectura de los autores clásicos latinos y de nuestros mejores poetas del siglo xvi, se dió no pocas veces á imitar á Polo de Medina, no pudiendo haber elegido mas pernicioso maestro. Todos los retruécacos y juegos de palabras, todos los pensamientos alambicados de Polo se encuentran á cada paso en las obras de sor Juana, siendo bien pocas las composiciones que se ven libres de tal contagio. Quisiéramos presentar á nuestros lectores algunas muestras de la facilidad y belleza de su versificación cuando dejaba correr libremente su pluma, mostrando las galas de su poética imaginación; pero los cortos límites en que escribimos no nos permite dar todas las que deseamos. Véase, sin embargo, la siguiente composición, que juzgamos notable por el pensamiento que la preside, y lo fácil de sus versos.

EXHORTA A CONOCER LOS BIENES FRAGILES.

En vano tu canto suena,
Pues no advierte en su desdicha
Que será el fin de tu dicha
El principio de tu pena.
El loco orgullo refrena
De que tan ufano estás,
Sin advertir cuando das
Cuenta al aire de tus bienes,
Que si ahora dichas tienes
Presto zelos llorarás.

En lo dulce de tu canto
El justo temor te avisa

N.º 5.—SABADO 30 ENERO 1841.

Que en un amante no hay risa
Que no se alterne con llanto.

No te desvanezca tanto
El favor, que te hallarás
Burlado, y conocerás
Cuanto es necio un confiado,
Que si hoy blasonas de amado
Presto zelos llorarás.

Advierte que el mismo estado
Que al amante venturoso
Le constituye dichoso,
Le amenaza desdichado.

Pues le da tan alto grado,
Por derribarle no mas:
Y asi tú, que ahora estás
En tal altura, no ignores,
Que si hoy ostentas favores
Presto zelos llorarás.

La gloria mas levantada
Que amor à tu dicha ordena,
Contéplala como agena,
Y tenla como prestada.

No tu ambicion engañada
Piense que eterno serás
En las dichas, pues verás
Que hay aspid entre las flores,
Y que si hoy cantas favores
Presto zelos llorarás.

Por los años de 1689 se hizo en Madrid la primera edicion de las poesías de la Décima Musa, habiendo merecido extraordinarios elogios del censor Fr. Luis Tineo. La tercera se hizo en Valencia en 1709, recomendada altamente la obra por el pomposo dictamen del revisor Fr. Vicente Bell-

mont, y la siguiente portada: *Poemas de la única poetisa americana, Musa Décima, sor Juana Inés de la Cruz, religiosa profesora del monasterio de San Gerónimo de la imperial ciudad de Méjico: que en varios metros, idiomas y estilos fertiliza varios asuntos, con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos, útiles versos, para enseñanza, recreo y admiracion.* Esta edicion, que es la que á la vista tenemos, está dedicada por el editor á Nuestra Señora de los Desamparados; costumbre muy usada en aquellos tiempos, y que vemos con gusto desterrada, por parecernos ridicula la dedicatoria á la Divinidad de obras que no sean enteramente religiosas.

El haberse hecho tres ediciones en 20 años es á nuestro ver no mediana recomendacion, si atendemos á lo poco que en aquella época trabajaban las prensas españolas en obras de esa clase. No sabemos si despues se ha hecho otra edicion de esas poesías, pero creemos que si en el día se hiciese con esmero, corrigiendo los muchos errores de las primeras, y escogiendo una pequeña parte de sus composiciones, ganaria mucho el nombre de la autora, saliendo de la oscuridad en que al presente se halla.

En cuanto á la vida de sor Juana, solo sabemos que era natural de Meca, pueblo de Nueva España, y vivia aun á principios del siglo XVIII. De sentir es que no hubiese visto la luz esa poetisa 50 años antes, pues sin duda hubiera escrito con mas gloria, y con mayor provecho de la literatura nacional. = J. A. Z.

AL SOL.

ODA.

¡Quién las alas del águila me diera,
Y en vuelo soberano
Volar del Andes á la escelsa cumbre,
Y ver allí sobre mi frente al cielo,

Y á mis pies estenderse el oceáno.
Entonces yo sublime cantaria,
Y entonces mi sepulcro ornára en flores
Mi patria, á faz del universo, un dia.

¡Ah! desprendido de la tierra impura,
Lejos de mí el puñal del asesino,
Y de lisonja vil el vil incienso,
Mi espíritu á los cielos volaría:
La inmensidad, la inmensidad ansía
El corazón, ¿por qué? porque es inmenso.

Y allá elevado, con audaz mirada
Magnánimo siguiera
Al sol radiante en su triunfal carrera
Cual águila imperial, que en rico vuelo
Soberbia remontándose hasta el cielo,
Mira inmóvil con párpado valiente
La pompa de su luz resplandeciente.
Salud, astro glorioso, tú que inflamas
Los orbes á millares,
Y en ellos vida sin cesar derramas,
De luz hermosa derramando mares.
Hermosa, ahora ensalces en oriente
La escelsa frente de oro,
O ya la inclines con triunfal decoro
En los sonoros mares de occidente.

Entonces yace el mundo
Envuelto en la gran sombra,
Y en silencio profundo.—
—Y reposaba así, cuando el Potente
Vivificó la nada,
Que yacía natura desmayada
Sin luz y sin color; mas su divina
Frente ensalza el Señor, y el sol se lanza
Del oriente, y sus obras le ilumina.
Y aparece á sus bellos esplendores
La tierra sonriendo,
En sus montes de cedro y verde pino
Vestida, y en sus valles de almas flores:
Y la ciñe el gran mar resplandeciendo,
Y sobre tierra y mar magestuoso
El cielo se despliega,
Bello con virgen luz y azul hermoso.

¡Ah! desde entonces su inmortal carrera
Sigue el sol centellante,
Cual rápido gigante.—
—Ya blanda luz nos da, y calor suave,
Y aparece la dulce primavera,
Y florecen la rosa y los amores:
En ellos la natura se embriaga,
Suspira la paloma,

A su amada el leon rugiendo halaga.
La tierra entonces, cual reciente esposa
Se reviste una túnica de flores
Al blando son del aura deliciosa.

Mas ya el sol nos envia
Su rayo moribundo, y, triste el cielo,
Yace la tierra despojada y muda.
Solo se escucha en sus tremendas sañas
Enloquecerse negros huracanes,
Y bramar las montañas.

Próvido así, nos das las estaciones
¡O hermoso sol..! y en juventud eterno
Ves rápidas pasar á las naciones,
Y ves cual de trompetas al sonido
Alzarse los imperios, y triunfando
Al mundo huellan con furor de infierno,
Y vénganle al caer en estampido;
¡Tú siempre hermoso en juventud eterno!

Tú viste á Adán, que la grandiosa frente
A contemplarte alzaba;
Tú viste cual la tierra se embriagaba;
Tú viste, como dando altos bramidos
A ella lanzóse el mar.... y te asombraste....
Y con luz triste y pálida
El gran desierto de aguas alumbraste.

Dinos, ¿cómo en Egipto á sus tiranos,
Atestiguando su orgullosa nada,
La esclavitud alzaba monumentos?
¿Quién abrió con gran mano los cimientos
De esa ciudad, á quien llamó señora
Temblando el Orbe, y ni esqueleto es ora?

Y ¡ay! ¿qué se hicieron los heróicos días,
En que grande mi patria y magestosa
Ceñía de victoria el rico manto?
¿Do está la vencedora de Lepanto?
¿Iluminaste ¡ó sol! mas osadía,
Virtud mas generosa,
Que la de aquellos, que en endebles naos,
Recorriendo el gran mar ronco y profundo,
Preguntaban al cielo,
Dónde habia otro mundo?

Y hoy desgarrada y trémula palpita
La que en sublime magestad se alzaba,
Y hoy la augusta señora es vil esclava,
¡Alumbra, ó sol, alumbra el dulce día,
Que á mi patria infeliz torne su gloria,

Florezcan cual un tiempo florecieron
 Bellos como tus rayos
 Sus laureles de espléndida victoria!
 ¿Y como io serán?..... por qué lo fueron?—
 —Porque mi patria en Dios su alta esperanza
 Fió, porque invocaba el nombre santo
 Cuantas veces su diestra alzó la lanza.
 Por eso egregia en hechos y en varones
 La vió el mundo marchar magestuosa,
 Y al frente relumbrar de las naciones;
 Mas hoy ¡ingrata! en fementido anhelo
 Al polvo vergonzoso
 La frente humilla, que elevaba al cielo.
 Alzala, patria mia; patria mia
 Alzala, contemplando al sol hermoso,
 Que ese es el sol de Méjico y Pavía
 Tal vez su vista encenderá en tu pecho
 La fecunda memoria
 De tus altas hazanas; tal vez ella
 Te vuelva á Dios que te ensalzó triunfante,
 Y hoy por tus vicios mísera te estrella.
 Mira al sol, ama á Dios, y entona el canto;
 Pues ¿quién hay, que al mirarte no se asombre
 ¡O sol! y no se humille de Dios Santo
 A engrandecer, y á bendecir el nombre?
 Tú su imágen á tierra y cielo ofreces;
 Tú que en el campo inmenso y cristalino
 Reinas solo, y eterno resplandeces;
 Tú que fecundas, alumbrando mundos;
 Tú que das á noctívagas estrellas
 Sus luces melancólicas y bellas,

Y variados colores
 En valle sonroso á tiernas flores.
 A tí ¡ó sol! hizo Dios su mensajero;
 Desque por vez primera al negro espacio
 Vestiste de fulgor y de belleza,
 A las generaciones
 Y á los siglos que huyen, su grandeza
 Vas diciendo inmortal..... Alzad, naciones,
 Alzad la frente al sol; en él escrito
 Vive el nombre de Dios.....
 Mas ¿dónde Musa,
 A dónde vas en temerario vuelo,
 Si ya mi mano trémula rehusa
 Pulsar las cuerdas de la débil lira,
 Y al lanzar generoso el gran sonido
 Desmaya el corazón ¡ay! y suspira.
 O para alto cantar no soy nacido,
 O ya la fría mano
 De la muerte voráz me toca, y hiela;
 Dejemos al cantor del oceáno,
 O al vate, que del Ebro es rica gloria,
 Ensalzar al gran sol, y laura y palma
 Triunfantes ondear: ¡la voz del trueno
 La escelsa inspiración murió en mi alma!
 Aun cantaré tal vez; mas será lleno
 De lúgubre tristeza en noche umbría
 A la pálida luna y silenciosa;
 Y bañado en sus tibios resplandores,
 Contemplaré un sepulcro solitario,
 Que á devorar mi juventud llorosa
 Se abre ya, y mi esperanza, y mis amores.

Un valenciano.

BELLAS ARTES.

EL BUFALO. (1)

El buey y el búfalo distan mas uno de otro, segun dice Buffon, que el asno del caballo. Su naturaleza á mas parece antipática, pues se asegura que las vacas no quieren criar á los pequeños búfalos, así como los búfalos hembras rehusan dejarse mamar de los terneros. El búfalo es de un natural mas duro y menos tratable que el buey; obedece

con mas dificultad, es mas violento y tiene caprichos mas bruscos y frecuentes; todos sus hábitos son groseros y sucios. Su figura es repugnante, su mirar feróz, adelanta ignoblemente su cuello, y lleva la cabeza inclinada casi siempre al suelo; su voz es un mugido espantoso y de un tono mas fuerte que el del toro. Sus miembros son enjutos y la

(1) Únicamente presentamos el siguiente dibujo como una muestra de los grabados que pueden hacerse en esta ciudad; ofreciendo á nuestros suscritores darles cuanto antes, algunas vistas de Valencia y su provincia.

cola desnuda, la cara negra como el pelo y la piel, cuya circunstancia le distingue principalmente del buey. Su cuerpo es mas gordo y corto que el de éste, mas largas las piernas, mucho mas pequeña la cabeza, sus astas menos redondas, negras y en parte comprimidas. Su carne negra y no solo desagradable al gusto, si que tambien al olfato.

Esparcido por todo el globo, el búfalo se le destina á los mismos trabajos que al buey. En diversos paises de Europa, Asia y Afri-

ca, reemplaza y aun aventaja al caballo para la labranza. Para domesticarlo y dirigirlo, ademas del agujon se le pasa un anillo de hierro por la nariz. La leche de sus hembras, cuyo olor de musgo la hace menos agradable que la de vaca, produce sin embargo una excelente manteca. Su carne, que como decimos arriba es de todo punto inferior, ofrece sin embargo un gran recurso á los pobres en Italia. Su piel se emplea para ferros de haules, cribos, etc.



VARIETADES.

UN BAILE DE MASCARAS.

Un baile de máscaras es el ensueño de un enfermo, la casa de Orates, la córte de un soberano y el mundo en pequeño.

A los ojos de un poeta situado en una de

las galerías que dan al salon de un gran baile de máscaras, se presenta aquella baraunda como un sueño febril, vago é indefinible: al través de una nube de polvo y humo, se

ven oscilar multitud de luces, y lanzarse en todas direcciones grupos de figuras estrafalanas, que saltan, corren y hacen contorsiones extravagantes: un confuso rumor, semejante al de las olas del mar en noche de tempestad, al través del cual se oye á intervalos algun acorde conento de la orquesta, ensordece al pobre poeta que acaba de perder el poco juicio que le dejaron las musas, y se cree trasladado á un sábado de brujas y vampiros.

Y si en lugar del poeta se sienta un filósofo, cuya ciencia sea hija mas bien del desengaño que del estudio, este nuevo espectador que no puede soñar, contempla con cierta sonrisa de compasion aquel cuadro extravagante, parecido al gran patio de una casa de locos. Porque en efecto, viendo una reunion semejante desde donde no se pueda oir lo que se dicen unos á otros, parece que toda aquella multitud haya perdido el juicio, y esté allí encerrada por providencia de buen gobierno.

Y tambien se asemeja un baile de máscaras á la corte de un soberano, porque allí está la intriga en todos los ángulos del salon; allí antes de pronunciarse las palabras se cuelean por el alambique de la malicia; y allí todos cubren su rostro con la máscara, sino de la hipocresía, con la de carton, que produce los mismos efectos aproximadamente; bien que allí no se pretenden empleos, honores ni condecoraciones; pero se pretenden otras cosas equivalentes á estas, y acaso mas funestas á la sociedad.

Es el mundo en pequeño, ó por mejor decir el compendio del mundo; pues allí se hallan reunidas todas las pasiones en el mas alto grado de exaltacion. Se engañan unos á otros, y se engañan á sí mismos; el amigo vende al amigo sin ningun género de conciencia; el amante hace traicion á su amada; la esposa se aprovecha del momento en que su marido se embriaga en el café, para bailar un vals, y dar un paseo por el jardin con el amigo de su infancia; el libertino apela á todos los recursos de la imaginacion y del arte,

para convencer una niña candorosa de que debe deshonorarse á sí misma; la coqueta está mas desenvuelta que nunca para aumentar el número de sus amantes: allí se celebran contratas con la fianza de la careta; allí se intriga para derribar al rival y ocupar su puesto; allí se conspira contra los padres y maridos; allí se conciertan desafíos, tratados de paz, ventas y cámbios.... en fin, allí está la corte, el paseo, la feria, los tribunales y la sociedad entera.

En la noche de uno de esos dias que suele el hombre pasar en su vida; dias aciagos en que parece que el infierno haya tenido la humorada de conjurarse contra uno; dias en que es tanta la desgracia del hombre, que se le desconciertan todos los planes, que no toca pieza que no rompa, no habla que no dispare, no hace declaracion amorosa que no lleve calabazas, no pretende cosa que no se le niegue; dias en que tropieza uno con todas las piedras y esquinas, que pierde el pañuelo y la petaca, y le cambian el sombrero, que le pilla la lluvia sin paraguas, que le piden dinero prestado, que se le echan encima los acreedores, que le convidan para ser padrino de boda ó bautizo.... en la noche de uno de esos dias, en fin, en que solo falta contraer matrimonio, para ser completamente *infernal*, me dió la diabólica idea de meterme en un baile de máscaras. En medio de aquella confusion olvidé mis cuantas por un momento, y traté de tomar parte en el placer general, principiando por vestir un dominó. Di dos ó tres vueltas hablando en voz de falsete, pero me desesperaba de no encontrar á nadie, á cuya costa pudiera divertirme; cuando siento que me tiran de la esclavina, llamándome por mi mismísimo nombre. Volvíme espavorido, y ví una beata asida del brazo de un majo, que se estaba riendo de mí.—¿Dónde vas, amigo? me dijo la maldita riendo cada vez mas fuerte.—¡Máscara endiablada! ¿cómo me conocistes sin oirme siquiera la voz?— y la beata reía como una loca.—A Dios, fulanito, me dijo otra máscara que pasaba por mi lado. ¿CÓ-

mo, exclamé yo! ¡todos me conocen cual si llevase escrito mi nombre!—Así es efectivamente, me dijo un amigo, quitándome un papel que llevaba prendido à la espalda con un alfiler, en el cual estaba escrito mi nombre con todas sus letras.

Quitéme la careta renegando de mi suerte fatal, y dirigíme hácia una silla que vi desocupada; pero me detuvo otra beata agarrándose de mi brazo con la mayor franqueza. Creí al principio sería alguna de esas mugercillas que todo lo perdieron, y traté de separarme de tan molesta pareja; pero la máscara había hecho presa de mi brazo con tal fuerza, que en vano forcegué por desasirme.—Te engañaste máscara, la digo, porque has dado con un hombre de pésimo humor, y poco dispuesto à oír impertinencias.—Cabalmente me gustan así, me respondió; pero te ofrezco no dajarte mucho tiempo en ese estado.—Díjome algunas palabras al oído, y cambié de ideas. Ya no veía en ella una de esas viles mugercillas que venden sus caricias y su amor, degradando la prenda mas apreciable en la muger; por el contrario se me figuró ver en mi compañera una niña llena de candor, pero viva y perspicaz: miréla con reflexion, y me agradaba su figura; creí ver al través de la careta unos ojos interesantes, y el carton se me hacia trasparente hasta el punto de ver una faz hechicera. Dígela mil palabras tiernas y acabé por suplicarla se quitase la mascarilla; pero ella se negaba obstinadamente, y hué de convidarla al café por conseguirlo. La niña tragaba desapiadadamente por bajo de un pañuelo con que se había cubierto toda la cabeza, y cuando hubo satisfecho su voracidad y apetito,—apuesto, me dijo, á que te arrepientes de haberme convidado al café.—No por cierto, hermosa mia; antes me tengo por dichoso; y aun lo seré mas, si me muestras los encantos de ese rostro que tan hechicero debe ser.—Soy muy fea.—No lo creo.—Sí.—Veamos.—Mi mano malhadada levantó aquel misterioso pañuelo y.... ¡oh baldon!... mi hermosa desconocida

se trasformó en un barbado mancebo, amigo mio, cuya pequeña estatura favorecia su estratagemas.

Por largo rato sufrí la burla de mis amigos, y cuando pude conseguir me dejasen en paz, me trajo mi mala suerte á una silla que vi desocupada junto á una muger dominó, que al verme hizo un movimiento de sorpresa. Permanecimos los dos callados algunos momentos, pero al cabo rompió ella el silencio dándome vaya con cierta muchacha, que efectivamente era la señora de mis pensamientos. La conversacion fue interesándose mas y mas: yo la echaba de galante y ella de esquiva, y acabé por hacerla una declaracion en regla, mal escarmentado de lo que encubre una careta; pero cuando ella iba á darme una contestacion decisiva, he aquí que se presenta entre los dos un murciélago, ó mejor diré un hombre envuelto en hasquiñas, que tirándome fuertemente del brazo, me hizo salir de mi asiento mal de mi grado. Trabámonos de palabras, y el lance se hubiera formalizado, á no mediar la dominó, que mintió perfectamente una historia, y logró apaciguar á mi antagonista, el que, tanto por esto como por algunas satisfacciones que casualmente oí despues, inferí era su amante.

Sucedieronme aquella aciaga noche otros varios lances, que omito referir, porque me voy haciendo pesado, y á eso de las tres de la mañana fui á sentarme en un lugar oscuro del jardin. Allí estaba lamentando á mis solas las desgracias del dia, cuando he aquí que se dirigen al mismo sitio el murciélago y su compañera, á desahogarse un momento de la careta. Ocultéme cuanto pude, para ver y no ser visto, y conseguí que se descubriesen el rostro sin el menor recelo, muy inmediatos á mí; pero.... ¡oh rabia de los celos! ¡Cual sería mi indignacion al ver en la dominó mi propio amante, con quien ella misma me dió mate al principio de nuestra conversacion. Salí furioso de mi escondrijo y caí con ambos puños cerrados sobre el alevoso murciélago, que era cabalmente un

antiguo amante de mi querida, y de quien siempre habia yo recelado. Allí fue Troya: allí los soplamocos, cachetes y puñadas: allí los insultos y maldiciones: allí los lamentos de la fementida dama.... cegóme la cólera de tal modo, que cuando volví en mi acuerdo me hallé, sin saber cómo, en el cuerpo de guardia, lleno el rostro de sangre y el corazón de rabia.

Por buenos empeños pusiéronme en libertad, y bufando como una sierpe me dirigí hácia mi casa, metiéndome en medio de todos lodazales que encontraba al paso, y rompiéndome la cabeza contra todas las esquinas. Pero aun no eran acabadas mis desgracias: resérvabame la Providencia otras

mayores, y la Providencia nunca falta á los mortales. Ya cerca de mi casa me asaltaron dos compadres que hicieron la caridad de aliviarme del peso del capote, llevándose con él la llave de la puerta que estaba en uno de sus bolsillos. No hubo fuerzas humanas para despertar á nadie en casa, y el rubicundo Apolo y mi criada me vieron de allí á un par de horas tendido en el umbral de la puerta, donde habe de acostarme á falta de otro lecho mejor.

De allí á dos dias me aplicaban los médicos mortíferos remedios, para curarme de una fuerte pulmonía.... ¡Malditas máscaras! ¡nunca os echaré en olvido!

D. Desventuras.

Salon del Liceo.

¿Quereis, jóvenes desocupados, dar tregua al fastidio de vuestra ociosidad? venid al Liceo; asistid á sus sesiones de los sábados; tomad parte en las conferencias que tiene los domingos su seccion de literatura; acudid á sus cátedras. Llegad tambien vosotros, cuyo continuo trabajo os arruga la frente, á calmar la fatiga de vuestra imaginacion; la música y la poesia dulcificarán las penas de vuestra alma ó darán nuevo ardor á vuestro entusiasmo..... Ois esa voz dulce que se pega al corazón, esa voz modulada con facilidad por el estudio y por el gusto, esa aria de *I CROSIATI IN EGITTO*,

cantada con maestría y aplaudida con furor; á ella perteneció la palma en la última session; la ejecutó DOÑA BENITA MARQUES.

Los Sres. RODDA, URETA y PUJALS tambien se distinguieron, y en la nueva socia la señorita DOÑA MATILDE BROTON admiramos una estension de voz y una disposicion que nos prometen momentos muy agradables.

Los Sres. APARICI, ALMELA y CLAVERO amenizaron los intermedios con sus poesías fáciles y llenas de bellos pensamientos mientras que los Sres. LLACER y GOMEZ pensaban unos caprichos. — D.

PROGRAMA DE LA SESION DE ESTA NOCHE.

1.º Sinfonía del *Belisario*, por D. Juan Cerrillo.—2.º Aria de... por D. P. R.—3.º Duo del *Belisario*, por los Sres. D. Fernando Neulant y D. José Manglano.—4.º La señorita Doña Pilar de Oráa, tocará al piano una aria de la *Sonnámbula*.—5.º Aria de *Janni de Calais*, por la señorita Doña Concepcion Ruiz.—6.º Aria de *La prigionie di Edimburgo*, por D. Donato Montés.—7.º Variaciones al piano, por la señorita Doña Luisa Dupuy.—8.º Duo de los *Puritanos*, por D. V. S. y D. Pedro Rodda.

SECCION DE LITERATURA.

Por disposicion del Sr. presidente de la misma, el domingo á las diez y media de su mañana, se principiará á discutir la proposicion anunciada en el número anterior de este periódico. Valencia 29 de enero de 1841.—José María Laulhé, secretario.

VALENCIA: IMPRENTA DE LOPEZ Y C.ª